

He aquí otro *grito* arrancado al demonio, y que no es posible oír sin caer de rodillas, dando gracias mil veces á Dios por habernos dado á la Santísima Virgen. Está narrado en el proceso de beatificación de San Francisco de Sales.

Habíase conducido á un endemoniado cerca de las reliquias del Santo, y lo estaba exorcizando Monseñor Augusto de Sales; la Madre de Chaugy estaba presente, y en vista de lo que pasaba, exclamó: «¡Oh Santa Madre de Dios, rogad por nosotros! ¡María, Madre de Jesús, ayudadnos!» A estas palabras, el demonio, por boca del desgraciado, arrojó un grito, exclamando: *¿María? ¿María? ¡Ah! No hubo María para mí.—Si yo hubiese tenido una María como la tenéis vosotros, no sería yo lo que soy.*

Y después de un momento de silencio, ante todo el mundo que estaba allí conmovido y ansioso, replicó: *¡Ah! Si yo hubiese tenido uno solo de esos momentos que vosotros perdéis, si, un solo momento y una María*

que pudiese por mí, yo no sería demonio!

—e—

¡Gracias, Dios mío!, gracias por habernos dado como último recurso y última esperanza á la Santísima Virgen María!

VIII

Una vocación perdida.

Apenas hace un año que volaba dulcemente al Paraíso un alma á quien Dios había dado el sentido de las cosas grandes y bellas.

Su nombre no sonaba entre esa multitud de los que distribuyen la gloria; pero fué conocido y amado por las almas puras y sencillas, abnegadas y cristianas; almas de niños, de jovencitas, de madres á quienes dirigía suaves poesías.

Se llamaba *María Jenna*, y nos quedan de ella algunos tomitos llenos de graciosos pensamientos y piadosos recuerdos.

Vamos á reproducir una página poco co-

nocida que escribió una tarde arrodillada á los pies del crucifijo, y bañó después con sus lágrimas.

Esa página se dirige á una joven casada, y se titula: *¡Vocación perdida!*

¡Vocación perdida! ¡Qué título, y qué de cosas dolorosas y lamentables deja entrever!

¡Vocación perdida! Es un corazón dado á Dios, aceptado por Dios y arrancado luego á Dios, y dado á otro que no es Dios.

He aquí esta página. ¡Dios que nos la ha puesto delante de los ojos, sabrá llevarla á quien tenga necesidad de ella!

«¡Se han callado los ángeles del Cielo; han interrumpido sus cánticos de alegría, y uno de ellos, en señal de luto, se ha cubierto con un velo!

»¡La blanca corona que habían tejido para la joven, ha caído marchita de entre sus dedos; Cristo ha retirado su anillo nupcial; la que Él había escogido ha tomado un esposo en la tierra!

»Y, sin embargo, ella había oído su voz.

Un día, mientras oraba, un perfume celestial se derramó en su alma, y se sintió elevada en alas de santos deseos hasta el seno de Dios; desde allí, todos los bienes de la tierra le parecieron humo vano, y en el éxtasis de su oración se le figuraba ver á las vírgenes del cielo que le tendían los brazos. Entonces sus lágrimas corrían deliciosamente, y temblorosa, ensimismada, había pedido á Jesús pertenecer á El sólo.»



¡Oh! Llorad, ángeles del Cielo; llorad vírgenes que la esperabais; la que Jesús llamaba ha tomado un esposo en la tierra.



Jesús, para probar su fidelidad, apartó de ella un día sus divinas palabras y el encanto de su presencia. ¡Ay! Ella no ha sabido esperar su regreso.

Un hombre se apoderó de la prometida de Dios, puso un anillo de brillantes en el dedo que debía llevar la alianza de Jesucristo, y perlas en esos cabellos que debían caer por

Cristo, y su nombre en su corazón que no debía conocer otro que el de Jesucristo.

Y la joven le ha amado más que á Dios. Deslumbrada por el brillo de las fiestas mundanas, no ha escuchado en el silencio de su alma á aquel que le decía: «Séme fiel.»

Llora, pobre alma infiel; llora en medio de ese mundo, donde todo placer pasa, donde toda flor se marchita; el Esposo divino había hecho para ti alegrías tan estables como la eternidad, dulces como su corazón. Tú no has querido. ¡Si supieses qué caricias te tenía reservadas, qué confidencias quería hacerte, qué flores celestiales habría hecho nacer bajo tus plantas, aun en ese camino del Calvario, por el que su amor quería conducirte! ¡Ah, llora! Yo te compadezco si sufres, pero más te compadeceré si eres feliz.

¡Pero cómo podrá ser feliz! En la tarde misma del día del himeneo, cuando la multitud de jóvenes, ligera y alegre, se embriagaba de placer, Dios le renovó repentina-

mente el recuerdo de su oración ardiente y de sus celestiales deseos. Entonces su vista se turbó entre las luces de la fiesta, y su mano se agitó ardiente entre las manos que la oprimían. ¿Qué le importaban ahora la corona que adornaba su frente, los diamantes que brillaban en sus brazos y las miradas que se fijaban en ella? En las felicitaciones, en la arrebatadora armonía de la orquesta, no oía nada sino la queja severa del Esposo abandonado.

Y como se le echaba en cara esta tristeza, se lanzó con más ímpetu al baile, prodigó sus sonrisas y sus palabras graciosas, y todos decían: «¡Qué encantadora estás!»

¡Angeles del Cielo, llorad; llorad vírgenes que la esperabais! Aquella que Jesús llamaba, ha tomado un esposo en la tierra.

Pero al otro día, cuando se vió en la iglesia y en el lugar donde había llorado de amor, su corazón se oprimió dolorosamente;

ocultó la frente entre las manos, y permaneció largo tiempo sin rezo y sin lágrimas. Pero se encendieron los cirios del altar, y los acordes del órgano llenaron el templo; entonces lloró.

¡Que Jesús la perdone, Él que sabe perdonar el olvido; que Él la sostenga, que la ame aún, pero que no la consuele en la tierra!

IX

No se rezaba en aquella casa.

Una casa de comercio que ayer todavía era rica y respetable á los ojos del mundo, acababa de suspender sus operaciones y de cerrarse.

Y cerca de nosotros una mujer cristiana, deplorando la caída y la dispersión de una familia que la socorría, dijo sencillamente: «No se rezaba en aquella casa.»

Esta palabra explica muchas cosas.

Una casa en la que no se hace oración, no

puede permanecer en pie y floreciente por mucho tiempo.

Ciertamente los muros materiales no caerán; lo que *caerá*, lo que desaparecerá poco á poco, es el alma y la vida de esa casa, que es lo que hace de esos muros, fríos en sí mismos, un nido caliente y abrigado, donde se está bien, en donde se permanece con gusto, donde se siente uno en su propia casa; es la unión, es la ternura, es el sufrimiento, es la abnegación, es ese conjunto de delicadas atenciones que da encanto á la vida más trabajada.

Las piedras no se quedan ligadas unas á otras sino por el cemento; las almas y los corazones no permanecen unidos sino por la *oración*; la oración es el cemento sin el cual ninguna unión es duradera, y sin el cual ningún amor, por intenso que sea, está al abrigo de esa monotonía, de ese cansancio y de ese disgusto que la vida trae consigo.

No, pobres corazones, que os amáis tanto y que decís con tanta sinceridad: *nosotros*

nos amaremos siempre; no: si vosotros no oráis, *el uno y el otro y el uno con el otro*, no os amaréis mucho tiempo.



—Hace ya cerca de catorce años que vivimos juntos,—decían á un sacerdote un padre y una madre, que le llevaban á uno de sus hijos para que le bendijera;—ha habido entre nosotros desgraciadamente más de una diferencia y más de un enfriamiento; ha habido más de una nube sombría cerca de nuestro corazón; pero nunca hemos permanecido en desacuerdo más de un día.

Nos hicisteis prometeros que jamás dejaríamos de hacer por las noches una pequeña oración juntos, y jamás hemos faltado á ella; en ese momento en que la calma del exterior trae consigo un poco de calma en el interior, allí, delante del crucifijo, impulsados uno y otro por un sentimiento ciertamente divino, nos mirábamos conmovidos y acabábamos siempre por entendernos.



¡Oh! La oración en compañía, la oración en alta voz, la oración que hace uno cerca del otro al fin del día, ¡cuánta luz trae consigo para reconocer los propios errores, fuerza para repararlos, benevolencia para perdonarlos, ternura para sentirse siempre conmovido!

Vosotros todos los que queréis amaros siempre, en vez de hacer ese juramento tan imposible de observar á pesar de la sinceridad de la promesa: *Nosotros nos amaremos siempre*, haced este otro: *Nosotros rezaremos juntos y en alta voz una oración todas las noches.*



La oración hecha todos los días en una casa, es Dios llamado todos los días; Dios viniendo á ser el huésped, el protector, el sostén, el proveedor de esa casa.

Dios no impedirá ni las pruebas, ni las dificultades creadas por la mala fe de los otros, ni el poco éxito á pesar de los esfuerzos de la probidad, pero impedirá la ruina.

Sí, sí: Dios servido, Dios obedecido, Dios

rogado, se constituye en guardián de la prosperidad, de la paz, del honor de una familia.

Leed esa triste estadística que un médico transmitía á un diario católico:

«Hace veinte años que corro por el mundo, y durante largos años son muchas las familias que han pasado delante de mí; muchos los seres degradados que he visto, y he querido darme cuenta de su conducta con relación á Dios. He aquí en toda su desnudez lo que he observado.

» De trescientas cuarenta y dos familias desunidas, he contado trescientas veinte que nunca van á Misa el domingo.

» De cuatrocientos diecisiete jóvenes, desesperación y deshonor de sus familias, solamente doce frecuentaban la iglesia.

» De veintitrés usureros, ni uno iba á Misa. En la iglesia la conciencia grita muy fuerte, y en el púlpito la palabra del sacerdote despierta los remordimientos.

» De cuarenta almacenes que se abren el

domingo, no hay diez que prosperen en realidad.

» De veinticinco niños sin corazón para con sus ancianos padres, veinticuatro no han cumplido con la Iglesia después de su primera comunión.

» Estaba yo confundido bajo el peso de estas cifras, comprobadas por mí mismo y sin embargo, lo confesaré: experimentaba en el fondo de mi corazón cierta satisfacción al ver que nuestro Dios hacía justicia, aun acá abajo, en los rebeldes que le abandonan, le menosprecian, y profanan su ley santa.»

Si se hubiese hecho oración en esa casa de comercio de que hablábamos al principio, habría habido más honradez real, y no solamente ficticia y exterior, menos ambición de llegar al término de la fortuna, menos febril actividad que quiere hacer negocio en pocos años, menos trabajo incesante, y de esa avidez de lucro que teme perder media hora ó

perder una venta cerrando el almacén para asistir á Misa el domingo.

Esta casa quizá no hubiera brillado como la de alguno de sus concurrentes; pero se habría sostenido, y las noches para todos hubieran sido apacibles, las veladas dulces y buenas, y los beneficios siempre suficientes para hacer, junto con la herencia del porvenir, la del pobre que viene á pedir limosna en nombre de Jesucristo.

X

No somos bastante buenos.

He aquí una palabra que todos repetimos, y que creemos verdadera; hay en nosotros una convicción profunda de que, si fuésemos más buenos de lo que somos, habría en todas partes, en nuestra familia, en nuestras relaciones, en nuestra alma sobre todo, habría mayor paz, más alegría, más de eso que llamamos felicidad.

Pero nosotros decimos esta palabra apli-

cándola á los demás; con relación á nosotros y en nuestros labios, quiere decir ordinariamente: «No hay quien sea bastante bueno para conmigo.»

No; no es esa palabra la que hay que decir, sino esta otra, que generalmente es verdadera: «Yo no soy bastante bueno.»



¡Oh! *No ser bastante bueno*; haber, aun por simple negligencia ó descuido, dejado sufrir á alguno á quien se hubiera podido aliviar, al menos con una palabra de simpatía; no haber dado, por evitarse un disgusto, una pequeña fatiga ó una insignificante privación, á un corazón afligido un poco de alegría, á una alma agobiada, ó culpable si se quiere, un poco de esperanza..., puede haberse hecho sin pecado propiamente dicho; pero ¡qué remordimientos para un corazón delicado! ¡qué vacío en la jornada de un cristiano! ¡qué privación de gracias!

Nos quejamos de estar sin gusto en la oración, sin afecto hacia la Eucaristía, sin ale-

gría y sin ánimo en los esfuerzos que hacemos, sin consuelo en nuestras pruebas; Dios nos castiga por lo que hemos hecho. Nos hemos vuelto hacia otro lado, nos hemos retirado: Él también se vuelve y se retira. Nosotros hemos dejado llorar, Él también nos deja llorar. Nosotros no hemos querido dar un poco de alegría á uno de sus hijos; Él tampoco nos da de su alegría.



Ser bueno, aspirar á ser bueno ante todo y sobre todo, buscar con la avidez con que un enfermo busca un remedio, ó el avaro una moneda de oro, las ocasiones de ser bueno, es la ocupación más dulce, más atractiva, más fecunda en alegrías para el corazón y en santidad para el alma. Parece que para ser feliz y santo, el hombre no tiene necesidad sino de ser bueno.

La bondad es quizá la sola virtud cuya práctica no cansa jamás, cuyos actos se pueden multiplicar sin cansar á nadie; la única

quizá que podemos mirar sin orgullo en nosotros mismos.

Por muy bien que se hable de las otras virtudes, se puede siempre decir algo más de la bondad; parece que supone todas las demás virtudes; al menos las atrae á sí, y poco á poco las aclimata en el alma; aquel que fuese constantemente bueno, podría sin temor ir á Dios y decirle: «Yo me he acercado á Vos lo más que he podido.»



Ser bueno es posible y casi fácil á cada minuto. «Suponer raras las ocasiones de ser buenos, dice Fenelón, es ser muy ignorante en materias de bondad.» Cuando la bondad vive en el alma, se escapa por todas las facultades de esta alma: por el carácter, por los gestos, por las palabras, por las miradas, tan naturalmente como la luz se escapa de todas las aberturas de la habitación en que está, y como el perfume se exhala de todos los poros de la flor odorífera.

Ser bueno en la sociedad es el cuidado de

complacer, cuidado que se anticipa á todos los deseos, y algunas veces aun á las manías; es el pensamiento profundamente cristiano de ser el servidor de todos los que la Providencia ó las relaciones ponen cerca de nosotros, y hacerles mil pequeños servicios.— Servicios para las cosas materiales más sencillas; servicios más delicados para las cosas del espíritu y del corazón: escuchar con gusto, sonreír con benevolencia, preguntar con oportunidad, molestarse con gracia.

Es en familia, la palabra habitualmente dulce, el continente habitualmente lleno de buen humor; es el olvido voluntario de una multitud de pequeñas faltas que nos tocan personalmente; la reparación, sin que se note, de un ligero desorden; es dejar pasar como desapercibida una palabra dicha con vivacidad ó aun con un poco de injusticia; es el consejo insinuado más bien que dado directamente; es el hábito de estar contento de todo lo que hay y de todo lo que se hace.

-e-

Ser bueno. He aquí, según nos parece, cómo bajo el punto de vista práctico se puede resumir todo lo que encierra esta palabra:

Ser bueno, es ser como *el aire* cuando está puro.

El aire, en quien casi nadie piensa, y que está en todas partes sin que se le perciba, que se insinúa por doquiera sin que moleste ni estorbe.

El aire, que deja á cada ser su naturaleza y su forma, no viniendo á él sino para darle un poco de brillo y permitirle obrar con más facilidad.

El aire, que da la vida á todo, y con la vida la frescura, la fuerza, la alegría.

-e-

Ser bueno es ser como *el pan*.

El pan, que se asimila perfectamente á todos los estómagos, y que se aduna á todos los alimentos aumentando su sabor.

El pan, que es de un precio tan mínimo que está al alcance de todos, y que no se rehusa jamás á quien lo pide.

El pan, en el que el rico apenas piensa, y sin el cual no se puede pasar; el pan, al que en rigor puede sustituir cualquier otro alimento y sin el que cualquier otro alimento bien pronto viene á ser fatigoso y aun dañino.

¡Oh! Seamos como *el aire*, dando á todos un poco de vida y grande facilidad de acción, dando á todos un poco de brillo y algo de frescura; sin preocuparnos sobre si se piensa en nosotros, ó si al menos se aperciben de que estamos allí.

Seamos como *el pan*, dejándonos tomar y desmigajar por todos los que creen tener necesidad de nosotros, y esforzándonos en ser útiles y agradables á todos.

XI

Muerto á los diez años.

¡Diez años! ¡Hermosa edad para morir!
¿No veis en ese cuartito, donde una madre

bañada en lágrimas contiene sus sollozos para escuchar la respiración de su hijo, y asegurarse de que vivè todavía, no veis una claridad que no es la del día, ni de la aurora, ni de la lámpara que vela durante la noche, sino esa dulce claridad que el ojo sólo ve alrededor de las almas inocentes, y que se diría caída de la puerta entreabierta del Paraíso?

¿No oís alrededor de ese pequeño lecho, casi una cuna, como un ligero frotamiento de alas, de alas de ángeles que vienen á acompañar á su hermanito y murmuran en voz baja á la desolada madre: «Deja, déjale venir con nosotros, pobre madre: él será feliz; te amará aún más de lo que te ama; te preparará un lugar allá arriba: deja, déjale venir?»

¡Diez años! ¡oh, sí! Bella edad para morir.

¡Y esta muerte que deja llantos, deja también la paz, la esperanza y aun el consuelo!

Pues bien. No, no es esta escena de sonrisas en medio de lagrimas, de paz en medio

de dolor, la que voy á mostraros; es una escena que hace sentir un peso sobre el alma y que la agobia, una escena que me atrevo á llamar espantable.

Hela aquí en todo su horror.

El dormitorio es espacioso y está amueblado con lujo.

Mullidas alfombras sofocan el ruido de los pasos, y espesas cortinas, diestramente dispuestas, dejan pasar suavemente la luz, que ilumina, en el fondo de la alcoba sobre un angosto lecho, á un niño muy pálido.

El pobre niño parece que está muy malo; respira con dificultad.

Tiene diez años; ha sido educado rigurosamente según los preceptos de la nueva moda, es decir, sin religión.

Su padre hace gala de incredulidad. Ha pronunciado discursos políticos, con los que, según cree modestamente, ha dado rudos golpes á la Iglesia.

Su madre, arrastrada por lo que se llama el torbellino del mundo, tampoco cree gran

cosa, no obstante haber sido educada en el regazo de una madre cristiana.

El niño, su hijo único, jamás ha oído hablar de Dios si no es á su padre cuando blasfema, porque hoy hay gentes á la moda que se permiten esta infamia. Con su voz encantadora de niño cantaba hace poco, en ocasión de inaugurarse la estatua de un francmasón:

¡Nada de dogmas, vínculos ciegos!

y otros horrores arreglados poéticamente con sus correspondientes rimas.

Tenía nociones acerca de los animales, de las plantas, de los minerales, y hacía progresos admirables en la escuela laica. En cuanto á la moral, se le había hablado tan poco y de manera tan vaga, que nada había podido retener. Mucho mejor se acuerda de lo que ha visto en el teatro, cuando su padre le llevaba á ver *El Timbal de Oro* y otras inmundicias.

Y ahora ese pobre niño está muy malo. El médico ha dicho á su padre que *al día siguiente estaría en la nada*.

El padre y la madre están en pie delante

del lecho, y lloran con desesperación. La infeliz madre, viendo que el estado de su hijo empeora, y la fiebre le tiñe vivamente las mejillas, siente repentinamente reanimarse en ella su fe antigua y el recuerdo de su madre, y dice á su marido en voz baja y poniéndose colorada:

— ¡Si llamásemos á un sacerdote!

Pero él, alzando los hombros, se dispuso á abandonar la alcoba.

Entonces, por gracia súbita de Dios, que no abandona á los desgraciados, la pobre madre, que veía toda la enormidad del crimen que ha cometido dejando educar á su hijo laicamente, se dirige á su marido, le pone la mano en el hombro y le dice:

— Condénate si quieres: yo quiero salvar á mi hijo; ¡no quiero que muera sin sacerdote!

Y el padre, viendo que nada puede hacer, y sintiendo en el fondo del corazón que ella tiene razón, responde indolentemente:

— Pero piensa en nuestros amigos... ¡Quedaremos en ridículo!

Esta palabra resume el espíritu del día.

Sin embargo, la madre acaba por separarse del lecho del niño moribundo para mandar que vayan en busca de un sacerdote.

El padre, habiéndose asegurado de que está solo, se acerca sigilosamente al lecho de su hijo, y después de haber vacilado muchas veces, porque también él comienza á sentir un remordimiento secreto, le dice:

— ¿No tienes miedo, hijito mío?... Puede ser que haya algo después de esta vida... ¡Si rezases algo!...

El niño permaneció silencioso un momento, y sus ojos, abiertos, adquirieron una fijeza y una calma espantosas, y después murmuró débilmente:

— ¿Qué cosa es orar? Jamás me lo habéis enseñado... Me habéis dicho siempre que no debía ir á las iglesias á hacer gazmoñerías. ¿Y eso es lo que debo hacer ahora?

Y el pobre desgraciadito se puso á remedar, á pesar de su agotamiento, una actitud piadosa.